

magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos, y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados: pero envanecía su ánimo el vano temor de los agüeros y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecución de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los transgresores. Tentaba á veces por medio de otra persona, y con regalos, la codicia de los jueces, y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la mas alta nobleza.

«Era implacable enemigo del ocio, y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en continuos ejercicios de guerra, y á los otros en el cultivo de los campos, y en la construcción de nuevos edificios, y de otras obras públicas, y aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes: mas por otro lado sabia atraerse su afecto, supliendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusion á los que lo servian. Un rasgo que merece los mayores elogios, y que deberia ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que despues de haber servido fielmente á la corona en los empleos militares y po-

líticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí á espensas del erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Mocteuhezuma, y en ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, antes de presentarle la série de sus sucesos.»

CAPITULO XXXVIII:

Guerra contra la república de Tlaxcala y otras provincias.

La república de Tlaxcala, una de las naciones mas poderosas que los españoles hallaron á su venida al nuevo continente, habia ido prosperando de un modo extraordinario, porque á la fertilidad de la tierra de donde le vino el nombre de Tlaxcallan, que como ya hemos dicho, significa *la tierra del pan*, se unia la actividad que sus habitantes tenian en el comercio con los otros pueblos, de donde se proveian de oro y plata, telas, hermosas plumas y cuantos mas objetos podian necesitar para su comodidad y recreo, particularmente los que se conseguian en sus provincias marítimas, cuyos habitantes por razon de su origen, mas fácilmente entraban en relaciones con los tlaxcaltecas, que con los demas pueblos: y como siempre la felicidad de uno, engendra la envidia de otros, los pueblos vecinos, celosos del engrandecimiento del tlaxcalteca, los comenzaron á ver con disgusto; pero no hallaron medio de satisfacer sus miras de avasallarlos, sino hasta que el pueblo mexicano se hizo el mas poderoso imperio de Anahuac.

Desde el reinado de Mocteuhezuma Ilhuicamina, los huexotzinqués y pueblos inmediatos á la República, to-

maron la odiosa tarea de sembrar la discordia entre los belicosos mexicanos y los tlaxcaltecas; y desde entonces, enemistados ambos pueblos, se conservaron un odio profundo, cuyo amargo fruto fué la ruina comun.

Para defenderse los tlaxcaltecas de la ambicion y tiranía de los reyes de México, mantenian siempre fuertes guarniciones en sus fronteras, las cuales poco á poco fueron fortificando con grandes fosos y fuertes atrincheramientos. Y los mexicanos por su parte, no pudiendo sufrir que tan cerca de sus estados se alzara un pueblo sin el yugo de Tenoxtitlan, procuraron hostilizarlos, estableciendo tambien fuertes guarniciones en las fronteras de la República, para impedir el tráfico mercantil que tan ventajosamente tenian establecido con los demas pueblos: y aunque su territorio les daba en abundancia las cosechas de maíz y otras semillas propias de aquel clima; pero con la falta de comercio tenian que carecer de otros muchos objetos, sintiendo particularmente la falta del cacao, algodón y sal.

Esta restriccion que sufrió el comercio de la república, con la opresion de los reyes aztecas y la falta de los objetos tan necesarios para los usos comunes en todo el pueblo, obligó á los tlaxcaltecas á tomar una medida que los librara de aquel mal, y antes que comprometerse en una peligrosa guerra, pusieron en práctica las medidas que pudo aconsejarles la prudencia. En tiempo del rey Axayacatl, mandó la república una embajada á la corte de Tenoxtitlan, para disuadir al monarca de la falsedad de las noticias con que los otros pueblos habian predispuerto su ánimo y el de sus antecesores, en contra de ellos, pidiendo al mismo tiempo, se hicieran cesar aquellas medidas opresoras con las que se ocasionaba tanto mal á su pueblo: estas prudentes observaciones que fácilmente pudieran concluir las desavenencias de aquellos dos grandes pueblos, no fueron atendidas por los mexi-

canos á quienes habia ensobrevendido su poder y tenia ciegos el brillo de su creciente prosperidad: el senado mexicano con imprudente arrogancia contestó, que el rey de México era el Señor universal á quien debian vasallage todos los mortales, debiendo por lo mismo los tlaxcaltecas pagar el tributo como lo hacian todas las naciones, y los amagaba con el completo esterinio de su pueblo, en caso de no acceder á rendir aquella prueba de obediencia.

Los embajadores de la república, calificaron de insensato delirio la pretension de los aztecas; viendo que la prudencia seria estéril con aquellos señores tan llevados del orgullo de su prosperidad, abandonaron su tono supplicante y se colocaron en el terreno á que los llevaban sus arrogantes contrarios. Entonces para retirarse, dirigieron al senado estas palabras. «Poderosísimos señores, los tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni jamas lo han pagado á ningun príncipe, desde que salieron sus antepasados, de los países septentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad, y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, lejos de ceder á vuestro poderio, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan.»

Desde entonces, la enemistad entre los dos pueblos fué mortal, y los tlaxcaltecas siguieron empeñosamente sus obras de fortificacion, construyendo aquella famosa muralla de seis millas de largo, para cubrir la frontera de su nacion, por el lado donde creyeron habia mas peligro. Al mismo tiempo aumentaron el número de sus guarniciones, recibiendo en ellas particularmente á los de algunos pueblos descontentos con el despotismo mexicano, siendo el mayor número, de los otomites que buscaron auxilio en esta nacion, despues de la ruina de Xaltocan. Los mexicanos hoztilizaban á sus indomables

enemigos, algunas veces con sus mismos ejércitos; pero las mas, valiéndose de los pueblos vecinos á la república, como los huexutzingues, choluleces, iztocanenses y tlachamalquenses, los cuales hicieron á Tlaxcala una encarnizada y continua guerra, sin que jamas pudieran lograr conquistar ni un palmo de tierra, que con noble esfuerzo y heróico valor supieron defender los nacionales.

Así se habian mantenido las relaciones de estos pueblos, desde el reinado de Mocteuhezuma huehue apellidado Ilhuicamina por su bravura, hasta que subió al trono el último Mocteuhezuma *Jocoyotl*: en este tiempo el poder de Tenoxtitlan se hallaba en el zénit de su felicidad; y la orgullosa vanidad en que degeneró la modestia que este último monarca afectaba antes de ceñir la corona, no pudo sufrir que la pequeña república de Tlaxcalan se viera libre del yugo que las armas de Tenoxtitlan habian puesto sobre la cerviz de todos los pueblos. El monarca mexicano, tuvo como un insulto humillante á su dignidad, la resuelta abnegacion con que los tlaxcaltecas defendian sus derechos, y mandó que los pueblos vecinos á la república rebelde, alistaran sus fuerzas que al mando de Tecayauhtzin gefe del estado de Huexutzingo, invadieran el territorio tlaxcalteca, sujetándolo á la dominacion de México. Los huexutzingues, antes de emprender la campaña, quisieron atraer á su favor con alhagos y cuantiosos regalos, á los otomites aliados con los enemigos; pero negándose estos lo mismo que los habitantes de Huexotlipan á separarse del partido que habian abrazado, los huexutzingues apelaron á las armas y emprendieron formalmente la campaña.

Arrollaron las guarniciones de la frontera y entraron al territorio Tlaxcalteca, haciendo horribles estragos en venganza de los antiguos resentimientos con que ambos pueblos se habian visto: en Xiloxochitla les opuso una vigorosa resistencia un ejército al mandó del gefe Tiza-

tlacatzin, uno de los mas valientes capitanes de la república; pero al fin, oprimido por el exesivo número de sus enemigos, murió, siguiéndose luego la derrota de su ejército y el saqueo de la ciudad, que por distar solo tres millas de Tlaxcallan, llegó allá muy pronto la noticia y se hicieron grandes preparativos para vengar aquel desastre, lo cual hizo á los huexutzingues, salir precipitadamente del territorio invadido.

Con este insulto, los tlaxcaltecas no quisieron ya limitarse á la defensa de sus estados, sino que tomando la ofensiva, pasaron sus fronteras para llevar su venganza al mismo territorio de sus enemigos, que no considerándose ya capaces de contener el furor y la fuerza de los tlaxcaltecas, pidieron auxilio al rey de México. Este alistó un numeroso ejército, que mandó en seguida al mando de su hijo primogénito Tlacahuepantzin, pasando por Tutela al medio día del volcan de Popocatepetl y allí se agregaron los ejércitos de Chietlan, Itzocan y otros pueblos enemistados desde largo tiempo con los tlaxcaltecas: se dirigieron por Quiauquecholan y el valle de Atlixco; pero antes que pudieran unirse á los huexutzingues los tlaxcaltecas sabiendo el camino que tenian, hicieron un violento y astuto movimiento, con que consiguieron sorprender á los enemigos y atacarlos por retaguardia, con lo cual les causaron tal sorpresa, que fueron derrotados y sufrieron una espantosa carnicería, siendo uno de los muertos el príncipe general; y los vencedores cargados de despojos, volvieron á Tlaxcallan á celebrar su victoria, para salir en seguida sobre las ciudades de los Huexutzingues, las cuales fueron saqueadas y destruidas.

Cuando llegó á noticia de Mocteuhezuma la derrota de su ejército y la muerte de su hijo, se enfureció de tal manera, que pensó seguir la guerra hasta esterminar á la república enemiga: reunió al senado y ante él expresó el profundo dolor que le causaba la muerte de su

hijo y la resolución de acabar con los tlaxcaltecas, que solo los habian dejado sus antepasados, para tener un lugar donde adiestrar á sus ejércitos en los ejercicios de la guerra; pero que no siendo ya conveniente, que por mas tiempo hubiera en aquella tierra otra voluntad que la suya, estaba dispuesto á llevar la desolacion á su territorio, para poblarla con otra gente que obedeciera sus órdenes. El senado aprobó el pensamiento del rey y en seguida se dieron las disposiciones necesarias para alistar el ejército que debia ejecutar el real pensamiento, despachando comisionados á todos los pueblos que debian tomar parte en aquella empresa. Como el golpe que se preparaba, tenia por objeto el completo exterminio de los tlaxcaltecas; se dispuso que todas sus fronteras fueran atacadas, para ahogar á sus habitantes dentro de aquel círculo fatal; pero los tlaxcaltecas que no desconocian la tormenta que debia descargar sobre ellos, se prepararon para este caso y se defendieron heroicamente, rechazando á las tropas reales, haciéndoles considerables destrozos y quitándoles un rico botin, con que en parte se recompensaron los graves perjuicios que el pueblo habia sufrido. La república solemnizó con crecidos regocijos este triunfo; y á los otomites que tanta parte tuvieron en él, se les concedieron grandes honores, dándoles á muchos, esposas de las principales familias tlaxcaltecas, concediendo á otros algunos cargos honoríficos en el estado y distinguiéndolos con la dignidad de tecuhtlis. Mocteuhezuma, á pesar de la resolución que manifestó al senado, despues de esta derrota no quiso llevar adelante una formal campaña, limitándose á hostilizar á la república en los mismos términos que antes lo habia estado haciendo.

Entre los casos notables que ocurrieron en la dilatada guerra que la corte de México sostuvo contra la república, es tal vez el mas memorable, el ocurrido con el

famoso general tlaxcalteca llamado Tlahuicole, célebre así por su valeroso espíritu como por la extraordinaria fuerza de su brazo, pues siempre combatia con un *macuahuitl* ó espada mexicana, que apenas podia levantarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. En una de estas campañas, aquel gefe cuyo solo nombre horrorizaba á sus enemigos, se fué separando tanto de sus tropas, hasta que hundido en un pantano, ya no pudo defenderse y estando aislado fué hecho prisionero: sus enemigos lo enjaularon y llevaron como un glorioso trofeo á la presencia de Mocteuhezuma, quien admirado de las prodigiosas hazañas que habia hecho con su intrepidez y su herculea fuerza, no quiso quitarle la vida y le concedió la libertad para que volviera á su patria; pero el orgulloso tlaxcalteca se creyó humillado con esta gracia y sin aceptarla prefirió ser sacrificado en honor de los dioses. Mocteuhezuma en vez de acceder en esta ocasion á los deseos de su prisionero, quiso aprovecharse de su valor y de la gran fama de su nombre, encargándole una expedicion que tenia proyectada contra los michoacaneses: el prisionero aceptó, buscando mejor ocasion de morir en la batalla, que no aceptar una proposicion que lo cubriera de infamia, ó tener que vivir privado de su libertad. Los ejércitos destinados para esta campaña, salieron mandados por Tlahuicole y llegaron victoriosos hasta Tlaximaloyan, de donde volvieron con gran número de prisioneros y muchas riquezas que adquirieron con los despojos de los vencidos: el rey mexicano quedó tan agrado de la conducta de Tlahuicole, que no solo le ofreció por segunda vez su libertad, sino la dignidad de general de los ejércitos de su reino; pero este antes que consentir en cualquiera cosa que lo cubriera de ignominia para con sus nacionales, implacables enemigos de los mexicanos, insistió en ser sacrificado, eligiendo el sacrificio gladiatorio, destinado para los prisioneros nobles.

El rey le concedió esta gracia y todo el pueblo mexicano se preparó para un acto tan notable, celebrando bailes y danzas en los ocho días anteriores al destinado para el sacrificio: en él, el rey y todo el pueblo asistieron al atrio del templo mayor: el prisionero fué atado por un pié á la piedra de los sacrificios llamado *temalacatl*, se le dió el macahuitl de los gladiadores y sucesivamente fué lidiando con los mas animosos mexicanos, de los cuales murieron ocho, quedaron veinte heridos y por último recibió un fuerte golpe en la cabeza, que lo hizo caer en tierra, de donde fué llevado inmediatamente ante el terrible Huitzilopochtli y abriéndole el pecho los sacerdotes le sacaron el corazón, arrojando el cadáver por las escaleras segun la costumbre. ¡Triste fin de un hombre que vivia en la gentilidad: si la luz de la religion civilizadora, hubiera auxiliado sus naturales prendas, un fin glorioso hubiera coronado la heroica vida del esforzado tlaxcalteca.

En este tiempo sobrevino una fuerte seca en aquellos países, que hizo perderse las sementeras, y como resultado preciso de la escasez de semillas, el pueblo sintió los terribles efectos de una hambre espantosa, que redujo á la mayor calamidad á los súbditos del imperio: muchos se vendian para conseguir el preciso alimento; y algunas madres vendieron á sus hijos pequeños, no teniendo el alimento necesario con que sustentarlos. Moteuhzuma halló en esta gran desgracia de su pueblo, ocasion oportuna de ejercer su liberalidad, pues mandó abrir las troges y graneros de sus palacios, distribuyendo sus grandes existencias entre la hambrienta muchedumbre; pero no bastando este recurso, para alimentar á un pueblo tan numeroso, permitió que todos salieran á los lugares donde pudieran encontrar el sustento, por lo cual algunas familias caminaron hasta las provincias mas lejanas y muchos languideciendo por el hambre, no podian

soportar las fatigas del camino, quedando muertos en los montes.

Al año siguiente de 1505, la lluvia hizo fertilizar los campos, y los mexicanos levantaron una cosecha abundante, favor que les hizo dedicar un nuevo templo á Centeotl, dios protector de las sementeras. Durante la construccion de este templo, se emprendió la guerra contra la provincia de Quatemalan, que habia cometido algunas hostilidades contra las guarniciones mexicanas de los lugares inmediatos: la victoria favoreció á las armas de Tenoxtitlan, y los muchos prisioneros hechos á los Quauatemaleses, fueron las víctimas que dieron lustre á la solemnidad de la dedicacion del templo de Centeotl.

Apenas hubo concluido esta guerra cuando ocurrió la conjuracion de los señores de las provincias Mixtecas y de Tecoaitepec donde los reyes mexicanos tenian las guarniciones para defender sus fronteras: cansados ya estos pueblos de la sujecion á que los tenia reducidos la corte de Tenoxtitlan, y con el deseo de recobrar su libertad sin pagar los fuertes tributos á que estaban obligados para con el imperio, formaron el proyecto de dar muerte á las guarniciones mexicanas y volver á su antiguo estado de independencia. Para realizar esta idea se pusieron de acuerdo Cetecpatl señor de Coahuaxitlahuacan y Nahuixochitl señor de Tzosollan, determinando el primero dar un convite en su ciudad al cual debian concurrir los soldados aztecas y muchos vecinos de las ciudades inmediatas para que los primeros no conocieran la red en que se les queria prender. El día convenido ocurrieron los soldados de la ciudad de Huaxyacac hoy Oaxaca y los de otros lugares no llevando prevenciones de guerra por haber sido invitados al convite: este lo tuvieron con pruebas de grande amor y buena voluntad de parte de Cetecpatl; pero al regresar ya para los distintos lugares que guarnecian, en un sitio barrancoso encon-

traron á Nahuixochitl emboscado con la tropa de los estados y la de los señores aliados en la liga, quien cargó contra ellos sin dejar alguno con vida.

Luego que llegó esta noticia á Mocteuhezuma dada por Texacan gobernador de una de las ciudades fronterizas se pidió el auxilio de los reyes aliados; y un fuerte ejército de mexicanos, tescucanos y teapanecas, al mando del príncipe Cuitlahua salió para sujetar á los rebeldes. Después de una sangrienta campaña que costó mucha sangre al ejército imperial, Cuitlahua volvió victorioso con gran número de prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados, pues llegaron á tiempo que los mexicanos celebraban en la capital las fiestas del mes Tlacaxipehualiztli, que quiere decir desollamiento de hombres.

Poco tiempo después se suscitó una guerra entre los Huexutzinques y Choluleses en la cual triunfaron los primeros, porque siendo los últimos mas dedicados á los negocios de la religion y la política que á la guerra, fácilmente fueron vencidos. Después de conseguido este triunfo, los Huexutzinques creyeron seria mal recibida en México su expedición y temerosos de recibir algun castigo se apresuraron á mandar á Mocteuhezuma una embajada compuesta de dos personas llamadas Tolimpaneatl y Tzoncoztli, para justificar su proceder inculpando á los Choluleses: de tal manera exageraron los embajadores la pérdida de la provincia de Cholula que el rey se imaginó destruida la ciudad y profanados todos los templos, principalmente el dedicado á Quetzalcohuatl, donde se adoraba la cruz como dios del aire y de las aguas: y temiendo un castigo de los dioses por aquella profanación de los santuarios, de acuerdo con sus dos aliados mandó un ejército que vengase este ultraje á la divinidad mas venerada. Los Huexutzinques salieron en orden de batalla á recibir á los mexicanos; pero el general de estos antes de comenzar la acción, se adelantó y

184-185

habló á los contrarios en estos términos. «Nuestro Señor Mocteuhezuma que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli que manda en las orillas del lago y Totoquiyauhtzin que reina al pié de los montes, me mandan decir: que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholula y la muerte de sus habitantes, y que penetrados de dolor por esta noticia, se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcohuatl.» Los Huexutzinques, que ya estaban informados de la mentira de que usaron sus embajadores, los entregaron al general del ejército aliado después de cortarles las orejas y los labios, para que con el castigo de estos embusteros se evitara una guerra que siempre debía ser funesta para ellos.

A continuación se movió otra guerra contra los pueblos del Valle de Atlixco en la cual tambien hicieron gran número de prisioneros; y como esto ocurría en el mes de Febrero de 1506 tiempo en que se concluía el siglo, apenas volvieron los ejércitos de esta expedición y se preparó todo el pueblo para la renovación del fuego y la fiesta secular: esta fué mas espléndida que las anteriores segun los progresos que habia tenido aquel infatigable pueblo; pero fué la última, porque ya el nuevo continente estaba descubierto por Colon y no debían tardar en aparecer en el seno mexicano las naves de Cortés para obrar la ruina de aquellas monarquías. (1)

1. Torquemada lib. 2.º cap. 71, 72, 73, 75 y 76. Clavigero tom. 1.º de la pág. 200 á 208.